

# Re-colonizando

## Irak<sup>1</sup>

**Tariq Ali\***

\* *Miembro  
del comité editorial  
de New Left Review*

*Traducido por:  
Florencia Enghel*

*Revisión técnica:  
José Seoane*

---

El 15 de febrero de 2003, más de ocho millones de personas marcharon por las calles de cinco continentes en contra de una guerra que no había comenzado aún. Esta primera movilización verdaderamente global –sin precedentes en tamaño, alcance o escala– buscó evitar la ocupación de Irak que estaba siendo tramada en el Pentágono. La concurrencia en Europa occidental rompió todos los records: tres millones en Roma, dos millones en España, un millón y medio en Londres, medio millón en Berlín, más de cien mil en París, Bruselas y Atenas. En Estambul, donde las autoridades locales vetaron una marcha de protesta en nombre de la “seguridad nacional”, el movimiento por la paz llamó a una conferencia de prensa para denunciar la prohibición –a la cual asistieron diez mil “periodistas”. En Estados Unidos hubo demostraciones masivas en Nueva York, San Francisco, Chicago y Los Ángeles, y asambleas más pequeñas en virtualmente cada estado capital: más de un millón de personas en total. Otro medio millón marchó en Canadá. El ala del movimien-

to situada al otro lado del mundo reunió 500.000 personas en Sydney y 250.000 en Melbourne.

El 21 de marzo, mientras las fuerzas británicas y norteamericanas se dirigían a la frontera iraquí, las largas y quietas calles árabes, inspiradas por estas protestas globales, despertaron a la vida con demostraciones masivas espontáneas en Cairo, Sanaa y Amman. En Egipto, el régimen mercenario de Hosni Mubarak entró en pánico y arrestó a más de 800 personas, algunas de las cuales fueron maltratadas con encono en prisión. En Yemen, más de 30.000 personas marcharon contra la guerra; un contingente de proporciones llegó hasta la embajada de Estados Unidos y debió ser detenido a balazos.

Dos personas fueron asesinadas y muchas otras heridas. En el protectorado israelí-norteamericano de Jordania, la monarquía ya había aplastado un virtual levantamiento en un pueblo de frontera y ahora procedía a tratar brutalmente a los manifestantes en la capital. En el mundo árabe el tono de las calles era desafiantemente nacionalista –“¿dónde está nuestro ejército?” clamaban los manifestantes en el Cairo. En Pakistán los partidos religiosos sacaron provecho de la instancia pro-norteamericana de la Liga Musulmana y el PPP [Partido del Pueblo de Pakistán] para dominar las movilizaciones en contra de la guerra en Peshawar y Karachi. Los islamistas en Kenya y Nigeria hicieron lo mismo, aunque con mayor efecto: las embajadas norteamericanas en ambos países debieron ser evacuadas. En Indonesia, más de 200.000 personas de diferentes experiencias políticas marcharon a través de Yakarta.

Menos de un siglo atrás, más de ocho millones de personas habían dado sus votos a los partidos socialdemócratas europeos, inspirando el único intento preexistente de una acción coordinada para evitar una guerra. En noviembre de 1912 fue convocada una conferencia de emergencia de la Internacional tras los arcos góticos de la vieja catedral en Basilea, en un esfuerzo por evitar la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, que amenazaba con surgir. A medida que

***“Los más de ocho millones que marcharon no compartían una perspectiva programática común. Provenientes de trasfondos políticos y sociales diferentes, estaban unidos sólo por su deseo de evitar la invasión imperialista de un país árabe rico en petróleo...”***

los delegados ingresaban los recibía una interpretación de la misa de Bach en B Menor, que marcó el punto más alto del encuentro. Los líderes socialistas, alemanes, británicos y franceses se comprometieron a oponerse a cada una de las políticas de agresión de sus respectivos gobiernos. Se acordó que, llegado el momento, los parlamentarios votarían en contra de los créditos para la guerra. El llamado de Keir Hardie a “una huelga revolucionaria internacional contra la guerra” fue aplaudido, aunque no se lo sometió a votación. Jean Jaurès fue ovacionado ruidosamente cuando señaló que “una revolución implicaría un sacrificio mucho más pequeño si se lo compara con la guerra que ellos están preparando”. Víctor Adler leyó a continuación la resolución, que fue aprobada por unanimidad. Concluía así: “Que el mundo capitalista de explotación y muerte en masa sea enfrentado por el mundo proletario de paz y hermandad internacional”.

Para agosto de 1914 estos honorables sentimientos se habían hecho trizas ante el estallido del clarín nacionalista. La claridad programática mostrada en Basle se evaporó a medida que la alarma congregaba a los ciudadanos de cada estado para la guerra. No se denegó ningún crédito; no se llamó a ninguna huelga ni fomentó ninguna revolución. En medio de una tormenta creciente de histeria chauvinista, Jaurès fue asesinado por un fanático proguerra. Mientras que una valiente y difamada minoría se reunía sin ser notada en el pueblo sueco de Zimmerwald para llamar a transformar la guerra imperialista “en una guerra civil, contra la reacción en la propia casa”, la mayoría de los líderes socialdemócratas se mantuvieron rígidamente en posición de firmes mientras sus partidarios vestían sus respectivos colores y procedían a masacrarse unos a otros. Más de diez millones murieron en los campos de batalla europeos en defensa de sus respectivos capitalismo, en un conflicto que vio a una nueva Gran Potencia hacer su entrada en el escenario mundial. Un siglo más tarde, los Estados Unidos de América habían dicho adiós virtualmente a cada rival para tomarse el actor principal –y a menudo el único– en el drama internacional.

Los más de ocho millones que marcharon este año no fueron movilizados por ninguna Internacional, ni compartían una perspectiva programática común. Provenientes de trasfondos políticos y sociales diferentes, estaban unidos sólo por su deseo de evitar la invasión imperialista de un país árabe rico en petróleo en una región ya partida en dos por una guerra colonial en Palestina. Instintivamente, la mayoría de los que marcharon lo hicieron porque rechazaban las justificaciones oficiales para el derramamiento de sangre. Es difícil para aquellos que las aceptan como “plausibles” entender la profundidad de la resistencia que provocaron y el odio experimentado por mucha gente joven contra sus propagadores. Fuera de los Estados Unidos, pocos creen que el ferozmente secular partido Ba’ath de Irak tenga ninguna conexión con Al-Qaeda. Y en lo que respecta a las “armas de destrucción masiva”, el único depósito de almacenamiento nuclear está situado en Israel; y tal como la misma Condoleezza Rice lo señalara en el último año de la administración Clinton, incluso si Saddam Hussein

tuviera tal arsenal, no podría desplegarlo: "Si adquieren armas de destrucción masiva, éstas serán inutilizables porque cualquier intento de usarlas traería la obliteración nacional" (*Foreign Affairs*, 2000). Inutilizables en el 2000, tres años más tarde, para evitar que utilizara estas mismas armas, ¿Saddam debió ser removido mediante el envío de una fuerza expedicionaria anglo-norteamericana masiva y el bombardeo en forma de *clusters* de las ciudades iraquíes? El pretexto no sólo no logró convencer sino que más bien sirvió para alimentar una oposición de amplia base en cuanto millones vieron venir la mayor amenaza a la paz no de los agotados arsenales de las dictaduras en decadencia, sino del corazón corrompido del imperio norteamericano y sus sátrapas, Israel y Gran Bretaña. Es la conciencia de estas realidades lo que ha comenzado a radicalizar a una nueva generación.

### **La ofensiva imperial**

La administración republicana ha utilizado el trauma nacional del 11 de septiembre para encarar una audaz agenda imperial, de la cual la ocupación a Irak promete ser sólo el primer paso. El programa que busca implementar fue dado a publicidad por primera vez en 1997 bajo la rúbrica "Proyecto para el nuevo siglo norteamericano". Entre sus firmantes estaban Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Zalmay Khalilzad, Elliott Abrams y Dan Quayle, al igual que ornamentos intelectuales tales como Francis Fukuyama, Midge Decter, Lewis Libby y Norman Podhoretz. El Imperio Americano no pudo permitirse ser complaciente con el final de la Guerra Fría, argumentaron: "Pareciéramos haber olvidado los elementos esenciales del éxito de la Administración Reagan: un ejército que es fuerte y está preparado para hacer frente a los desafíos tanto presentes como futuros; una política exterior que de manera osada y decidida promueve los principios americanos en el exterior; y un liderazgo nacional que acepta las responsabilidades globales de los Estados Unidos". El lenguaje de esta camarilla, comparado con los eufemismos de la era Clinton, es admirablemente directo: para preservar la hegemonía de los Estados Unidos, se usará la fuerza en todo momento y lugar en que sea necesario. El retorcerse de manos europeo no altera este hecho.

El ataque al World Trade Centre y al Pentágono en el 2001 fue por lo tanto un regalo del cielo para la administración norteamericana. Al día siguiente, una reunión del National Security Council discutió si atacar Irak o Afganistán, eligiendo al último luego de un debate considerable. Un año más tarde, los objetivos delineados en el "Proyecto" fueron fácilmente transferidos a la "Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América", promulgada por Bush en septiembre de 2002. La expedición a Bagdad fue planeada como la primera curvatura de la nueva posición<sup>2</sup>. Doce años de bloqueo de las Naciones Unidas y bombardeo anglo-americano no habían logrado destrozar al régimen

Ba'ath o desplazar a su líder. No podría haber mayor demostración del cambio hacia una estrategia imperial más ofensiva que hacer ahora de ellos un ejemplo. Si no hay una única razón que explique el hecho de que se apunte a Iraq, hay escaso misterio respecto de la gama de cálculos por detrás de ello.

Económicamente, Irak posee las segundas más grandes reservas de petróleo barato en el mundo. La decisión de Bagdad en el 2000 de facturar sus exportaciones en euros en vez de en dólares implicó el riesgo de que Chávez en Venezuela y los mullahs iraníes quisieran imitarlos. La privatización de los pozos iraquíes bajo control norteamericano ayudaría a debilitar a la OPEP. Estratégicamente, la existencia de un régimen árabe independiente en Bagdad siempre había sido un fastidio para el ejército israelí –aún cuando Saddam era un aliado de Occidente, el Ejército de Defensa Israelí suministraba repuestos a Teherán durante la guerra entre Irán e Irak. Con la instalación de fanáticos republicanos allegados al Likud en posiciones claves en Washington, la eliminación de un adversario tradicional se tornó un objetivo atractivo apremiante para Jerusalén. Por último, del mismo modo que el uso de armas nucleares en Hiroshima y Nagasaki había sido una demostración del poder norteamericano dirigida a la Unión Soviética, hoy una guerra relámpago rodando velozmente a través de Irak serviría para demostrar a todo el mundo, y quizás en particular a los estados en el Lejano Oriente –China, Corea del Norte, incluso Japón– que llegado el momento de decisión Estados Unidos tiene, en última instancia, los medios para imponer su voluntad.

El pretexto oficial para la guerra, que era vital eliminar las temibles armas de destrucción masiva de Irak, era tan endeble que debió ser descartado como una vergüenza cuando incluso inspectores de Naciones Unidas fenomenalmente serviles –un grupo abiertamente penetrado por la CIA– fueron incapaces de encontrar rastro alguno de ellas, y se vieron limitados a implorar más tiempo. Esto no evitará su “descubrimiento” luego del evento, pero pocos asignan ya alguna importancia a este andrajoso espantapájaros. La justificación para invadir a Irak se ha desplazado ahora a la necesidad imperiosa de introducir la democracia en el país, disfrazando a la agresión de liberación. Pocos en el Medio Oriente, amigos o enemigos de la administración norteamericana, se engañan con ello.

Los pueblos del mundo árabe ven la Operación Libertad a Irak como una grotesca charada, un velo para el antiguo estilo europeo de ocupación colonial construido como sus predecesores sobre el más inestable de los cimientos –innumerables engaños, codicia y fantasías imperiales. El cinismo de la actual pretensión norteamericana de estar llevando la democracia a Irak puede medirse en los comentarios de Colin Powell a un *briefing* de prensa en 1992, cuando era Presidente de los Jefes de Estado Mayor Conjuntos bajo la administración de Bush padre. Esto es lo que dijo acerca del proyecto que ahora está ostensiblemente en marcha:

Saddam Hussein es una persona terrible, es una amenaza para su propio pueblo. Creo que su gente estaría mejor con un líder diferente, pero existe este tipo de noción romántica de que si un colectivo atropellara a Saddam Hussein el día de mañana, algún demócrata jeffersoniano estaría esperando entrar en escena para celebrar elecciones populares [risas]. Van a obtener –adivinen qué– probablemente otro Saddam Hussein. Les llevará algo de tiempo volver a pintar todas las imágenes sobre las paredes nuevamente –[risas]– pero no debiera haber ilusiones acerca de la naturaleza de ese país o de su sociedad. Y el pueblo americano y todos aquellos que nos critican ahora hubieran estado indignados si hubiéramos avanzado hacia Bagdad y nos hubiéramos encontrado con soldados norteamericanos patrullando las calles dos años más tarde, todavía tratando de encontrar a Jefferson [risas]<sup>3</sup>.

Esta vez Powell se asegurará de que se envíe a los demócratas jeffersonianos con aire acondicionado y el resto de los suministros necesarios. Él sabe que podrían tener que ser custodiados día y noche por escuadrones norteamericanos de matones a sueldo, como el títere Karzai en Kabul.

### **Viejos mastines y nuevos satélites**

Por un lado, una vasta protesta popular contra la invasión de Irak. Por otro lado, una administración norteamericana fría y abiertamente decidida con respecto a ésta desde el principio. Entre ambas, los gobiernos del resto del mundo.

¿Cómo han reaccionado? Londres, como era de esperar, actuó como un sangriento asistente de Washington de principio a fin. El imperialismo laborista es de larga tradición, y Blair ya había mostrado en la Guerra de los Balcanes que podía comportarse más como un mezquino mastín, gruñéndole a su correa, que como un mero caniche. Dado que Gran Bretaña ha estado bombardeando a Irak continuamente desde que el Nuevo Laborismo accediera al poder, codo a codo con Estados Unidos, sólo los ingenuos podrían sorprenderse ante el envío de una tercera parte del ejército a la que antes fuera la más grande colonia en Medio Oriente, o ante el regateo de las firmas de los “rebeldes” en la Cámara de los Comunes de la estampa de Cook o Short, lamentando la violencia pero deseando éxito a sus perpetradores.

Berlusconi en Italia y Aznar en España –los dos gobiernos más a la derecha de Europa– fueron partenaires apropiados para conseguir unir a la causa a países más pequeños como Portugal y Dinamarca, mientras que Simitis ofreció instalaciones griegas para los aviones de espionaje norteamericanos. Los estados de Europa del Este, dando un nuevo

significado al término “satélite”, que anteriormente habían disfrutado durante largo tiempo, se alinearon cual si fueran uno detrás de Bush. Los partidos ex-comunistas en el poder en Polonia, Hungría y Albania se distinguieron en su celo por mostrar su nueva lealtad –Varsovia enviando un contingente a luchar en Irak, Budapest proporcionando los campos de entrenamiento para los exiliados iraquíes, incluso la pequeña Tirana alistando gallardos no combatientes para el campo de batalla.

Francia y Alemania, por otra parte, protestaron durante meses, absolutamente opuestos a un ataque de Estados Unidos a Irak. Schroeder había debido su estrecha reelección a un compromiso de no apoyar una guerra sobre Bagdad, aún cuando fuera autorizada por las Naciones Unidas. Chirac, armado del veto en el Consejo de Seguridad, fue aún más locuaz, con declaraciones de que un asalto al régimen Ba’ath jamás sería aceptado por Francia. Juntos, París y Berlín instaron a Moscú a expresar su desacuerdo con los planes norteamericanos. Incluso Pekín emitió unos pocos y cautelosos sonidos de postergación. Las iniciativas franco-alemanas despertaron tremenda efervescencia y consternación entre los comentaristas diplomáticos. Aquí, sin duda, había una fisura sin precedentes en la Alianza Atlántica. ¿Qué habría de suceder con la Unión Europea, con la OTAN, con la “comunidad internacional” misma si tan desastrosa división persistía? ¿Podría el concepto mismo de Occidente sobrevivir? Tales temores debían ser aliviados rápidamente. Al mismo tiempo que los misiles Tomahawk iluminaban el horizonte nocturno en Bagdad, y los primeros civiles iraquíes eran reducidos por los Marines, Chirac se apresuraba a explicar que Francia aseguraría el paso sin inconvenientes de los bombarderos norteamericanos a través de su espacio aéreo (como no lo había hecho, siendo Primer Ministro, cuando Reagan atacó Libia), y les deseó un “rápido éxito” a los ejércitos norteamericanos en Irak. El cadáver verde alemán, ministro de Relaciones Exteriores Joschka Fischer, anunció que su gobierno también deseaba sinceramente el “rápido colapso” de la resistencia al ataque anglo-americano. Putin, para no ser menos, explicó a sus compatriotas que “por razones económicas y políticas” Rusia sólo podía desear una victoria decisiva de los Estados Unidos en Irak. Los partidos mismos de la Segunda Internacional no podrían haberse comportado más honorablemente.

Yendo incluso más lejos, la escena era muy similar. En Japón, Koizumi anunció más rápidamente que sus colegas europeos el pleno apoyo a la agresión anglo-americana, y prometió generosidad por parte de los contribuyentes japoneses, que atraviesan momentos difíciles, para ayudar a financiar la ocupación. El nuevo Presidente de Corea del Sur, Roh Moo-hyun, elegido con grandes esperanzas por la juventud del país como un radical independiente, entró en desgracia inmediatamente al ofrecer no sólo aprobación a la guerra norteamericana en el Medio Oriente, sino también tropas para pelear en ella, en la infame tradición del dictador Park Chung Hee en la Guerra de Vietnam. Si éste ha de ser el nuevo Seúl, Pyongyang haría bien en avanzar con sus preparativos militares en



contra de cualquier repetición del mismo tipo de aventura en la península coreana. En América Latina, el régimen del PT en Brasil se circunscribió a mascarar unas pocas reservas con la boca enharinada, mientras que en Chile el presidente socialista Ricardo Lagos —débil incluso en los estándares de la socialdemocracia sub-ecuatorial— envió un cable desesperado a su

embajador ante Naciones Unidas, quien irresponsablemente había dejado deslizar la palabra “condena” en una charla con periodistas, para que emitiera una corrección oficial de inmediato: Chile no condenaba, meramente lamentaba la invasión anglo-americana.

En Medio Oriente, el paisaje de hipocresía y connivencia es más familiar. Pero en medio de la abrumadora oposición de la opinión pública árabe, ningún régimen clientelista falló en presentar su tributo al pagador general. En Egipto Mubarak dio paso libre a la marina estadounidense a través del canal y espacio aéreo libre a la Fuerza Aérea, mientras su policía apaleaba y arrestaba a cientos de manifestantes. La monarquía saudí invitó a los misiles crucero a pasar a través de su territorio, y a los centros de mando estadounidenses a operar normalmente en su suelo. Hace tiempo ya que los estados del Golfo se han vuelto anexos militares de Washington. Jordania, que había logrado permanecer más o menos neutral en la primera Guerra del Golfo, esta vez suministró en forma entusiasta bases para que las fuerzas especiales norteamericanas merodearan la frontera. Los mullahs iraníes, tan opresivos en su propia casa como estúpidos afuera, colaboraron con las operaciones de la CIA al estilo de Afganistán. La Liga Árabe se superó a sí misma como expresión colectiva de ignominia, anunciando su oposición a la guerra aún cuando la mayoría de sus miembros estaban participando en ella. Es ésta una organización capaz de decir que la Kaaba es negra mientras que la roca de rojo, blanco y azul.

La realidad de la “comunidad internacional” —léase la hegemonía global norteamericana— nunca ha estado tan claramente desplegada como en este funesto panorama. Los pocos —muy pocos— actos de resistencia genuina se destacan frente a tal trasfondo de connivencia y traición general. El único cuerpo electo que realmente intentó detener la guerra fue el parlamento turco. El recientemente elegido régimen AKP [Partido de la Justicia y el Desarrollo] no tuvo una *performance* mejor que la del resto de sus contra-



partes en otros lugares, regateando de manera pusilánime sobornos más grandes para permitir que Turquía fuera usada como plataforma para un ataque por tierra de los EE.UU. sobre el norte de Irak. Pero las presiones masivas, reflejos de orgullo nacional o remordimientos de conciencia impulsaron a una cantidad suficiente de miembros de su propio partido a rebelarse y bloquear esta transacción, desbaratando los planes del Pentágono. El gobierno de Ankara se apuró a abrir el espacio aéreo para los misiles norteamericanos y el descenso de paracaidistas, pero la acción del parlamento turco –desafiando a su propio gobierno, para no hablar de los Estados Unidos– alteró el curso de la guerra, a diferencia de los euro-gestos sin costo que se evaporaron en el aire cuando la lucha comenzó. En Indonesia, Megawati llamó intencionadamente la atención hacia las ropas del emperador al convocar a una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad para condenar la expedición anglo-americana. Naturalmente, luego de meses de malhumorados resoplidos de París, Berlín y otros lugares acerca de la santidad de la autoridad de las Naciones Unidas, la respuesta fue el silencio absoluto. En Malasia, Mahathir –rompiendo un tabú democrático, no por primera vez– demandó en forma terminante la renuncia de Kofi Annan por su rol de estúpida espera de la agresión americana. Estos políticos entendieron mejor que otros en el Tercer Mundo que el Imperio Americano estaba usando su enorme arsenal militar para dar una lección al Sur en términos del poder del Norte, para intimidarlo y controlarlo.

### **Síndrome colaboracionista**

La guerra de Irak fue planeada partiendo de la línea establecida por sus predecesores en Yugoslavia y Afganistán. Está claro que los políticos y generales en Washington y Londres esperaban que el modelo Kosovo-Kabul pudiera ser repetido en esencia: bombardeos aéreos masivos, llevando al oponente a ponerse de rodillas sin la necesidad de un combate serio en tierra<sup>4</sup>. En cada uno de estos casos no había resistencia real, sólo los B-52 y los *daisy-cutters* habían hecho su trabajo. Pero para asegurar el resultado adecuado estaban a mano también los “aliados” indispensables de los regímenes mismos a los que se apuntaba. En los Balcanes, los emisarios de Yeltsin, que persuadieron a Milosevic de poner su cabeza en la horca norteamericana al retirar sus tropas intactas de sus *bunkers* en Kosovo. En Afganistán, fue Musharraf quien garantizó que la mayoría de las fuerzas talibán y sus “asesores” desaparecieran una vez que la Operación *Enduring Freedom* comenzó. En ambos países, fue el patrón externo de quien los regímenes locales habían confiado obtener protección quien les sacó la alfombra de abajo de los pies.

En Irak, sin embargo, la dictadura Ba'ath había sido siempre una estructura más resistente y elástica. Había recibido distintos apoyos diplomáticos y militares del exterior en los diferentes estadios de su carrera (incluyendo, por supuesto, a los Estados Unidos y Rusia),

pero nunca había dependido de ellos. Confiada, a pesar de esto, de que su comando superior era frágil y sobornable, Washington intentó persistentemente sobornar a los generales iraquíes para que cambiaran de abrigo, o en caso de fallar esto, simplemente asesinaran al mismo Saddam.

Una vez que todos esos intentos –aún a las once horas de comenzada la guerra– demostraron ser un fiasco, el Pentágono no tuvo otra opción que lanzar una campaña convencional por tierra. La fortaleza económica y militar del Imperio Americano siempre fue tal que –a falta de una rebelión local o una intifada árabe extendida que propagara la guerra a lo largo de toda la región– podía confiar en imponer una ocupación militar de Irak. Lo que no pudo hacer fue predecir con alguna certeza el resultado final de semejante acto de fuerza masiva.

Al final resultó que la armada árabe no se desintegró al primer disparo; había escasas señales de una ampliamente generalizada gratitud popular por la invasión y más bien signos de resistencia guerrillera, y –a medida que las muertes civiles a causa de los misiles, morteros y ofensivas con bombardeos aumentaban– de creciente indignación en el mundo árabe. Transitoriamente, las tropas Crusader tuvieron éxito en convertir a Saddam Hussein en un héroe nacionalista, y su retrato se multiplicó en las demostraciones en Amman y Gaza, Cairo y Sanaa. Al momento de escribir este artículo, los hospitales de Bagdad están repletos de heridos y moribundos, al tiempo que la ciudad está separada por tanques americanos. “Lo poseemos todo”, declara un coronel de los EE.UU., examinando la capital hecha pedazos a la manera de cualquier comandante Panzer en 1940<sup>5</sup>. Detrás de las columnas blindadas, el Pentágono tiene un régimen de ocupación en espera, dirigido por el ex general de los EE.UU. Jay Garner, un *dealer* de armas cercano al lobby sionista en su país de origen, con traidores surtidos –falsificadores y charlatanes de feria como Ahmed Chalabi y Kanan Makiya– en su tren de equipaje. No estará más allá de las autoridades estadounidenses el configurar lo que pueda

***“...el Imperio Americano estaba usando su enorme arsenal militar para dar una lección al Sur en términos del poder del Norte, para intimidarlo y controlarlo.”***

apodar un régimen representativo, con elecciones, una asamblea y demás, mientras que la “administración de transición” sin duda será financiada con la venta de activos iraquíes. Pero cualquier ilusión de que ese será un asunto fácil o tranquilo ya se ha desvanecido. Será necesaria una fuerte represión para vérselas no sólo con miles de militantes leales de Ba’ath sino también con los sentimientos patrióticos iraquíes de todo tipo, para no hablar de los requisitos para proteger a los colaboradores del desquite nacionalista.

Ya la falta de toda bienvenida espontánea por parte de los Shiitas y la feroz resistencia de los soldados irregulares armados han impulsado la teoría de que los iraquíes son “un pueblo enfermo” que necesitará un tratamiento prolongado antes de que pueda confiársele su propio destino (si es que ello sucede alguna vez). Tal fue la línea del columnista pro-Blair David Aaronovitch en el *Observer*. Del mismo modo, George Mellon en el *Wall Street Journal* advierte: “Irak no se recuperará fácilmente del terror de Saddam: luego de tres décadas de regir el equivalente árabe de *Murder Inc*, Irak es una sociedad muy enferma”. Desarrollar una “sociedad organizada” y re-energizar (privatizar) la economía llevará tiempo, insiste. En la primera plana del *The Sunday Times*, su reportero Mark Franchetti citó a un oficial del ejército americano: “Los iraquíes son un pueblo enfermo y nosotros somos la quimioterapia”, dijo el sargento Ryan Dupre. “Estoy empezando a odiar este país. Esperen a que agarre a un maldito iraquí. No, no lo voy a agarrar. Directamente lo voy a matar”. El informe –en el diario insignia de Murdoch– continúa describiendo cómo su unidad mató no a uno sino a muchos civiles iraquíes horas más tarde (*The Sunday Times*, 2003). Sin duda la teoría de la sociedad enferma adquirirá mayor sofisticación, pero está claro que los pretextos están a mano para una mezcla de Guantánamo y Gaza en estos nuevos territorios ocupados.

## **Naciones Unidas de América**

Habrà, por supuesto, súplicas de los gobiernos europeos para que Naciones Unidas se haga cargo de las conquistas del ejército americano, que Blair, más eficaz que Bush en lo que respecta a la verborragia untuosa, apoyará por razones propias. Se escucharà hablar mucho de ayuda humanitaria, la urgencia de aliviar el sufrimiento de los civiles y la necesidad de que la comunidad internacional “vuelva a reunirse”. Mientras que no se le ceda ningún poder real, EE.UU. tiene todo para ganar de una bendición *ex post facto* otorgada a su agresión por Naciones Unidas, de manera similar a lo que sucedió en Kosovo. Los meses de lucha en las sombras en el Consejo de Seguridad –mientras, con pleno conocimiento de todas las partes, Washington alistaba su laboriosa logística para atacar a Irak– le costaron poco. Una vez que tuvo la Resolución 1441 en el bolsillo, aprobada por voto unánime –incluyendo a Francia, Rusia y China, para no hablar de Siria– el resto fue decorativo. Incluso el embajador francés en Washington, Jean-David Levitte,

había instado a los EE.UU. a no avanzar con la segunda resolución: “Semanas antes de que fuera puesta sobre la mesa fui al Departamento de Estado y la Casa Blanca a decir ‘No lo hagan... No lo necesitan’” (*Financial Times*, 2003[b]).

Fue, por supuesto, la hipocresía en Londres más que la obstinación en Washington lo que arrastró al mundo a la farsa de mayor “autorización”, sin éxito. Pero la advertencia de Levitte pone el foco sobre la naturaleza real de las Naciones Unidas que, desde el final de la Guerra Fría, ha sido poco más que un instrumento descartable de la política norteamericana. El momento decisivo en esta transformación fue la destitución de Boutros-Ghali como Secretario General, a pesar del voto a su favor por parte de cada miembro del Consejo de Seguridad excepto EE.UU., por haberse atrevido a criticar la concentración occidental en Bosnia a expensas de tragedias mucho mayores en África. Una vez que Kofi Annan –el Waldheim africano, premiado por ayudar a la administración Clinton a desviar la ayuda y la atención del genocidio en Rwanda– tomó posesión del cargo en su lugar, a requerimiento de Washington, la organización estuvo con total seguridad en manos americanas.

Esto no significa que se pueda confiar en que cumpla los deseos de los EE.UU. sobre todos los asuntos, tal como lo ha demostrado el fracaso de sus esfuerzos por asegurar un placebo para Blair. No hay necesidad de ello. Todo lo que se necesita –y está ahora disponible indefectiblemente– es que Naciones Unidas cumpla con los deseos de EE.UU., o les ponga un sello de goma después. La única cosa que no puede hacer es condenarlos u obstruirlos. El ataque a Irak, al igual que el ataque a Yugoslavia antes, es desde un punto de vista una violación descarada del estatuto de Naciones Unidas. Pero ningún estado miembro del Consejo de Seguridad soñó con llamar a una reunión de emergencia por ese tema, y mucho menos impulsar una resolución condenando la guerra. En otro sentido, hubiera sido hipócrita hacerlo, dado que la agresión se derivó en forma lo suficientemente lógica de la totalidad del encuadre vengativo del bloqueo de Naciones Unidas a Irak desde la Guerra del Golfo, que ya había agregado cientos de miles de muertos más a la reputación del Consejo de Seguridad desde su rol en Rwanda, siguiendo instrucciones americanas<sup>6</sup>. Apelar a partir de los EE.UU. a la autoridad de las Naciones Unidas es como esperar que el mayordomo despida al amo.

Señalar estas verdades obvias no es ignorar las divisiones que han surgido en la “comunidad internacional” respecto de la guerra en Irak. Cuando la administración Clinton decidió lanzar su ataque sobre Yugoslavia, no pudo obtener la autorización del Consejo de Seguridad porque Rusia se echó atrás, de modo que avanzó de todas formas mediante la OTAN, en la creencia correcta de que Moscú se sumaría más tarde, y que las Naciones Unidas ratificarían la guerra una vez que estuviera terminada. Esta vez la OTAN misma estaba partida en dos, de modo que no pudo ser usada como sustituto. Pero sería poco sensato asumir que el resultado será muy diferente.

Por otra parte, ésta es la primera vez desde el fin de la Guerra Fría que un desacuerdo entre el núcleo interno de la Unión Europea y los Estados Unidos explota en una fisura pública, se ve en TV y ayuda a polarizar a la opinión pública a ambos lados del Atlántico. Pero sólo una memoria periodística de corto alcance podría olvidar que una disputa incluso más dramática surgió durante la Guerra Fría misma, ocasionada por el mismo tipo de aventura en la misma región. En 1956 una expedición “unilateral” anglo-francesa, en connivencia con Israel, intentó operar un cambio de régimen en Egipto –provocando la furia de Estados Unidos, que no había sido consultado previamente y temió que la aventura abriera la puerta a la influencia comunista en Medio Oriente. Cuando Rusia amenazó con usar proyectiles para ayudar a Nasser, Eisenhower ordenó que Gran Bretaña se retirara de Egipto bajo amenaza de severas represalias económicas, y el asalto tripartito debió ser abandonado. Esta vez los roles han sido revertidos en gran medida, con Francia y Alemania protestando contra una expedición americana a la cual Gran Bretaña –el eterno perro de ataque– se ha unido.

La diferencia, por supuesto, es que ahora no hay Unión Soviética que considerar en el cálculo de la agresión, y de todos modos la mayoría abrumadora de poder reside en Estados Unidos, y no en Europa. Pero las lecciones de 1956 no han perdido su relevancia. Agudas disputas internacionales son perfectamente compatibles con la unidad básica de intereses entre las potencias capitalistas líderes que rápidamente se reafirman entre sí. El fracaso de la expedición de Suez impulsa a Francia a firmar el Tratado de Roma estableciendo la Comunidad Económica Europea, concebida en parte como contrapeso a los EE.UU. Pero el mismo EE.UU. apoyó la creación de la Comunidad Europea, cuya expansión sirve hoy a sus propósitos, mientras que la élite francesa se torna consciente de ello con gran inquietud, aunque sea muy tarde para hacer nada al respecto. El sentimiento de descontento probablemente permanezca entre Washington y París o Berlín luego de las fricciones públicas de los meses recientes, incluso si, tal como nos lo aseguran repetidamente, todas las partes se esfuerzan por dejarlo atrás. En el interior mismo de la Unión Europea, el rol de Gran Bretaña, apoyando a EE.UU. en contra de Alemania y Francia, mientras fingía ser un mediador, la ha expuesto nuevamente como el caballo de Troya de la Comunidad. Pero los días en que De Gaulle podía genuinamente combatir a América se han ido para siempre. Chirac y Blair se besarán y harán las paces muy pronto.

### **¿Qué es lo que debe hacerse?**

Es inútil mirar en dirección a las Naciones Unidas o Eurolandia, y menos aún a Rusia o China, como obstáculos serios a los designios americanos en Medio Oriente. ¿Dónde debiera comenzar la resistencia? Antes que nada, naturalmente, en la región misma. Allí, es de desear que los invasores de Irak sean eventualmente hostilizados hasta tener que

retirarse del país por una reacción nacional creciente a la ocupación del régimen que instalen, y que sus colaboradores enfrenten el destino de Nuri Said antes que ellos. Tarde o temprano, el círculo de tiranías corruptas y brutales alrededor de Irak se romperá. Si hay un área en la que pueda demostrarse que está equivocado el cliché de que las revoluciones son cosa del pasado, es en el mundo árabe. El día que los Mubarak, Hashemite, Assad, Saudi y otras dinastías sean barridos por la indignación popular, la arrogancia americana e israelí se habrá terminado.

En la tierra imperial misma, mientras tanto, la oposición al sistema dominante debiera tomar impulso a partir del ejemplo del propio pasado norteamericano. En los últimos años del siglo diecinueve, Mark Twain, shockeado por las reacciones chauvinistas a la rebelión Bóxer en China y el embargo norteamericano de las Filipinas, hizo sonar la alarma. Había que oponerse al imperialismo, declaró. En 1899 una gigantesca asamblea en Chicago estableció la Liga Americana Anti-Imperialista. Al cabo de dos años la cantidad de miembros había crecido a más de medio millón e incluía a William James, W. E. B. DuBois, William Dean Howells y John Dewey. Hoy, cuando Estados Unidos es la única potencia imperial, se necesita una Liga Anti-Imperialista. Pero es el componente estadounidense de un frente tal el que sería crucial. La resistencia más efectiva de todas empieza por casa. La historia del ascenso y la caída de los imperios nos enseña que es cuando sus propios ciudadanos pierden la fe en la virtud de la guerra infinita y las ocupaciones permanentes que el sistema entra en retirada.

Hasta ahora, el Foro Social Mundial se ha concentrado en el poder de las corporaciones multinacionales y las instituciones neoliberales. Pero éstas siempre han descansado sobre los cimientos de la fuerza imperial. De manera consistente con ellos, Friedrich von Hayek, el inspirador del Consenso de Washington, era un firme creyente de las guerras para afianzar el nuevo sistema, apoyando el bombardeo de Irán en 1979 y de Argentina en 1982. El Foro Social Mundial debiera aceptar ese desafío. ¿Por qué no hacer campaña para el cierre de todas las bases e instalaciones norteamericanas en el exterior en las cuales Estados Unidos actualmente estaciona tropas, aviones o suministros? ¿Qué otra justificación tiene esta vasta expansión octópoda, que no sea ejercer el poderío americano? Las preocupaciones económicas del Foro no se contradicen con tal ampliación de su agenda. La economía, después de todo, es sólo una forma concentrada de política, y la guerra una continuación de ambas por otros medios.

Por el momento, estamos rodeados de políticos y expertos, prelados e intelectuales, haciendo desfilar sus conciencias en forma impresa o radial para explicar que se oponían a la guerra, pero una vez que ésta ha comenzado, la mejor manera de demostrar su amor por la humanidad es llamar a una veloz victoria de los Estados Unidos, de modo que se evite a los iraquíes todo sufrimiento innecesario. Típicamente, tales figuras no se

oponían al régimen de sanciones criminales y su dosis acompañante de bombardeos anglo-americanos semanales, que apilaron miserias sobre la población iraquí durante los doce años anteriores. El único mérito de este coro enfermante es dejar claro, por contraste, lo que implica la oposición real a la conquista de Irak.

Las tareas inmediatas que enfrenta un movimiento anti-imperialista son el apoyo a la resistencia iraquí frente a la ocupación anglo-americana, y la oposición a todo esquema que intente hacer ingresar a las Naciones Unidas en Irak como un encubrimiento retrospectivo de la invasión y el servicio post-venta de Washington y Londres. Dejemos que los agresores paguen los costos de sus propias ambiciones imperiales. Todo intento de disfrazar la re-colonización de Irak como un nuevo mandato de la Liga de las Naciones, al estilo de 1920, debiera ser puesto en evidencia. Blair estará a cargo de liderar la acción a este respecto, pero no faltarán extras europeos tras de él. Por debajo de esta campaña obscena, cuyo inicio ya puede verse en los canales de TV de Murdoch, la BBC y la CNN, está el deseo urgente de reunificar a Occidente. La vasta mayoría de las opiniones oficiales en Europa, y una parte substancial en Estados Unidos, está desesperada por comenzar el "proceso de sanación" post-guerra. La única respuesta posible a lo por venir es el lema escuchado en las calles de San Francisco esta primavera: "Ni su guerra ni su paz".

## Bibliografía

Blecher, Robert 2003 "'Free People Will Set the Course of History': Intellectuals, Democracy and American Empire", in *Middle East Report Online*, march <[www.merip.org](http://www.merip.org)>

*Financial Times* 2003[a] (Londres) 2 de abril.

*Financial Times* 2003[b] (Londres) 26 de marzo.

*Foreign Affairs* 2000 "Promoting the National Interest", enero-febrero.

*Los Angeles Times* 2003 (Los Angeles) 7 de abril.

*New Left Review* 2000 "Throttling Iraq" (Londres) Nº 5, septiembre-octubre, Editorial.

*New York Times* 2003 (New York) 2 de marzo.

*The Sunday Times* 2003 (Londres) 30 de marzo.

## Notas

1 El presente artículo fue publicado en *New Left Review* 2003 (Londres) Nº 21, mayo-junio.

2 En *The Right Man*, David Frum, ex redactor de los discursos de Bush, sostiene que: "Un derrocamiento de Saddam Hussein liderado por EE.UU. –y un reemplazo de la dictadura radical Ba'ath por un nuevo gobierno más estrechamente alineado con EE.UU.– pondría a América más integralmente a cargo de la región que ninguna otra fuerza desde los Otomanos o quizá los Romanos".

3 Citado por Robert Blecher (2003).

4 Cuando a Kanan Makiya se le dio audiencia en la Oficina Oval en enero pasado, aduló a Bush al prometerle que “las tropas americanas invasoras serían recibidas con ‘caramelos y flores’”. La realidad resultó ligeramente diferente. Ver *New York Times*, 2003.

5 Anuncio en *Los Angeles Times* (2003). Las analogías con la guerra relámpago de Hitler en 1940 son derivadas sin remordimiento por los que vivan su apoyo a la guerra. Ver Max Boot en *Financial Times* (2003[a]): “Los franceses pelearon duro en 1940 –al principio. Pero eventualmente la velocidad y ferocidad del avance alemán llevó a un colapso total. Lo mismo sucederá en Irak”. Lo que tuvo lugar en Francia después de 1940 podría llevar a estos entusiastas a detenerse a pensar.

6 Para este trasfondo de la guerra, ver *New Left Review* (2000).